

NOTA CRÍTICA

«EL VALOR ES EL HOMBRE»: ROSWITHA SCHOLZ Y LA ESCISIÓN DEL VALOR*

«The Value is the Man»: Roswitha Scholz and the Split of the Value

Irene LEÓN TRIBALDOS
Universidad de Salamanca
ORCID: 0009-0003-2499-1398

Recibido: 19 de junio de 2023
Aceptado: 3 de julio de 2023

RESUMEN

En la presente nota crítica nos aproximaremos a la obra de Roswitha Scholz y a sus tesis sobre la teoría de la escisión del valor, estudiando las implicaciones que esta tuvo en la escisión del antiguo Grupo Krisis con el objetivo de reflexionar sobre la compleja intersección entre el marxismo y el feminismo que supone su obra. Para ello, nos centraremos especialmente en su libro *Capital y patriarcado. La teoría de la escisión del valor*, si bien nos apoyaremos además en otras autoras que han ayudado a divulgar su pensamiento y traducir sus textos al español.

Palabras clave: Escisión; Feminismo; Patriarcado; Valor; Marxismo; Capitalismo; Plusvalor; Trabajo; Alienación; Lógica de la Dominación.

ABSTRACT

In this critical note we will approach the work of Roswitha Scholz and her thesis on the theory of the split of value, studying the implications it had on the splitting of the former Krisis Group with the aim of reflecting

* Especiales agradecimientos a Nerea Benítez Collado, por su indispensable ayuda en la redacción de esta nota crítica, y por devolverlo todo a la materialidad –especialmente la lucha contra el patriarcado–.

on the complex intersection between marxism and feminism that her work represents. To do so, we will focus in particular on her book *Capital and Patriarchy. The theory of the split of value*, although we will also draw on other female authors who have helped to disseminate her thought and translate her texts into Spanish.

Keywords: Split; Feminism; Patriarchy; Value; Marxism; Capitalism; Surplus Value; Work; Alienation; Logic of domination

*Ya lo había escrito y dibujado magistralmente
 Francisco de Goya y Lucientes:
 el Sueño de la Razón (entelequia patriarcal)
 produce monstruos.*
 A. Ballesteros

Roswitha Scholz arrojó la manzana de la discordia en el seno del Grupo Krisis cuando en 1992 escribió: «“El valor es el hombre”, pero no el hombre como un ser biológico, sino como portador histórico de la cosificación de la forma valor» (2020, 74).

Bien es sabido que una de las principales causas de la ruptura de este grupo radicó en las tesis de Scholz sobre la escisión del valor, quien trataba de aunar los planteamientos marxistas de la teoría crítica del valor con las denuncias del feminismo al sistema patriarcal. Sorprendentemente, «los marxistas críticos del valor androcéntricos» (2020, 212) no encontraron la base teórica de su reivindicación lo suficientemente relevante. En la presente nota crítica, entonces, trataremos de acercarnos a la propuesta de Scholz, poniéndola en relación con la teoría crítica del valor, reivindicada por el resto de los miembros del antiguo Grupo Krisis, y con los planteamientos del feminismo contemporáneo, para examinar la vigencia de sus tesis y, sobre todo, con el objetivo de poner bajo escrutinio la batalla de la intersección entre el marxismo y el feminismo.

La teoría crítica del valor parte de una sólida raigambre en el materialismo, en tanto que las críticas que realizan estos autores a todas las categorías que visitaremos a continuación se encuentran, como la propia Scholz recuerda una y otra vez, en relación de dependencia dialéctica con el momento sociohistórico en que se formulan y el sistema por el que este se rige: el capitalismo. Como escribe Clara Navarro en el prólogo que dedica a la obra de Scholz, *Capital y patriarcado. La escisión del valor*, los autores de la teoría crítica del valor sitúan los inicios del capitalismo en la nueva organización

económica, política y social surgida en la Modernidad. No obstante, y aunque esta trajo nuevas relaciones económicas y transformó las relaciones de poder ya existentes, el capitalismo «comparte con las civilizaciones anteriores algo fundamental: un marcado *carácter fetichista*. En cambio, este ya no se relaciona con contenidos totémicos y religiosos, sino [...] con la producción de plusvalor, el trabajo y las relaciones sociales que formamos a su alrededor» (2020, 12). Según esta perspectiva, ese fetichismo capitalista ya no se ciñe a las puras mercancías como producto diferenciado de los individuos que las fabrican, como pasaba en los análisis de Marx –que todavía no había abandonado por completo la noción de sujeto moderno y sostenía una visión del devenir histórico intrínsecamente asociada al progreso–. Ese fetichismo, que ha alcanzado su mayor expresión en el capitalismo salvaje de las últimas décadas, se ha extendido al resto de ámbitos de la organización social contemporánea, infectando a los propios individuos y su relación con el todo en el proceso.

Esta tesis ya fue expuesta por Theodor W. Adorno (cuya herencia no duda en reconocer Scholz) cuando criticó en *Dialéctica de la Ilustración* la alienación total que impone el sistema capitalista a los individuos a través de la lógica de la dominación¹. Estos resultan desconectados del todo de la misma forma en que Marx denunciaba que, a través del plusvalor, se veían desvinculados de las mercancías que ellos mismos producían. Profundizando en este punto, hemos de recordar que, para Marx –sin duda influido todavía por algunas tesis del pensamiento ilustrado–, los proletarios, al verse obligados a vender su fuerza de trabajo y generar además ese plusvalor, eran desprovistos no solo de su trabajo muerto, acumulado en las mercancías, sino de su propia *esencia*, de aquello que los hacía humanos (la capacidad de trabajo). Para Adorno, esta noción de esencia ya ni siquiera tiene sentido tras la ruptura que supuso la Modernidad. La alienación total del capitalismo no solo afecta a la relación de los individuos con las mercancías que se producen, sino que afecta a su relación con el todo: es su propia vida la que resulta falseada. El todo es lo no verdadero, el todo es la fragmentación, el todo es «la alienación, la cosificación y el fetichismo que penetraban la sociedad hasta lo más recóndito» (Scholz 2020, 229). Y este es el punto en que hemos de retomar la teoría crítica del valor.

1. «Los consumidores son los obreros y los empleados, los agricultores y los pequeños burgueses. La producción capitalista los absorbe de tal modo en cuerpo y alma, que se someten sin resistencia a todo lo que se les ofrece» (Adorno 2007, 146).

Así, el plusvalor y la división entre valor de uso y valor de cambio de las mercancías, como expresiones últimas de la organización capitalista, se ven reflejadas en la totalidad de relaciones del sistema:

De acuerdo con la comprensión de la crítica del valor, lo que está en el punto de mira de la crítica no es la llamada plusvalía como un fenómeno aislado, es decir, la explotación del trabajo determinada desde fuera por el capital, considerado este como relaciones jurídicas de propiedad, sino la forma del valor misma, es decir, el carácter social del sistema productor de mercancías y, con ello, la forma de actividad del trabajo abstracto. Según esto, el «trabajo» solo surge en el capitalismo, vinculado a la universalización de la producción de mercancías, y no debe ser ontologizado. (Scholz 2020, 128-129)

Este pasaje de «El patriarcado productor de mercancías» es especialmente relevante, en primer lugar, porque nos muestra dónde radica esa alienación totalizadora que infecta la totalidad de lo real en el capitalismo: en «la forma del valor misma». Por otra parte, porque recupera la categoría de «trabajo abstracto»² y la liga directamente a la forma del valor, como veremos a continuación; y, por último, porque presenta el «trabajo» como una categoría histórica. Tal rechazo de la ontologización del trabajo tiene varias implicaciones reseñables. No solo porque sea una muestra más del compromiso de Scholz con el materialismo –y con el rechazo de cualquier esencialismo–, sino porque la noción de «trabajo» (es decir, de trabajo abstracto) aparece como un producto del devenir histórico que, tal como se ha constituido bajo el sistema capitalista, dejaría de presentar esa forma si desapareciese el propio capitalismo. Esto se debe a la interdependencia entre el valor y el trabajo abstracto que ya anunciábamos.

Bajo la lógica capitalista, no solo se tiende a aumentar la posesión de capital, sino a que esto suceda a través del aumento del valor de cambio de las mercancías, que poco a poco se distancian más de su valor de uso. Esta creciente fetichización de la mercancía es la que lleva a que esa «forma del valor misma» se imponga como base del sistema y a que la alienación penetre todos los ámbitos de la realidad. En palabras de Cristina Catalina:

2. La noción de «trabajo abstracto» suele aparecer entre los antiguos miembros del Grupo Crisis en oposición a la de «trabajo concreto» por herencia de la distinción clásica que ya se formula en *El Capital*, aunque con ciertos matices que, además, varían según el autor de la crítica de la teoría del valor al que nos aproximemos. Lamentablemente, no podemos extendernos en esta distinción en el presente trabajo por cuestiones de espacio.

El capital, en tanto que movimiento de valor que tiende a su propia autovvalorización –al incremento cuantitativo de trabajo abstracto– se autonomizaría como un fin en sí mismo, relegando a un segundo plano la satisfacción de deseos y necesidades humanas. El mecanismo ciego de la reproducción ampliada de capital se impondría así sobre los sujetos en la propia praxis, que reproduce las condiciones de subsistencia individual y acumulación de capital al mismo tiempo. (2021, 628)

Ahora bien, esa alienación total que, como ya dijimos, parte de una lógica de la dominación, no solo afecta al movimiento del capital o a la consiguiente lucha de clases según la teoría marxista. La relación fetichista que supone la forma fundamental del capitalismo no se puede reducir únicamente al valor o al trabajo abstracto (Scholz 2020, 131), porque si este fetichismo atañe a todos los ámbitos de la realidad, también afectará a aquellas actividades que no estén recogidas bajo la categoría de «trabajo». Entonces, ¿cuáles serán las tareas que queden escindidas del trabajo abstracto (y que, por ende, no hayan sido consideradas desde el marxismo clásico), pero que sigan siendo afectadas por la lógica de la dominación? En efecto, serán aquellas que queden también excluidas de la atribución de «valor», aquellas que no participen de los mecanismos del omnipotente mercado, aquellas que no aporten retribución económica, puesto que: «El moderno sistema de producción de mercancías [...] se caracteriza por el hecho de que la actividad productiva se haya convertido –por causa de la autorreferencialidad tautológica del dinero– en un fin en sí mismo (acumulación del capital)» (Scholz 2016, 402). El valor, de este modo, tótem del fetiche en el capitalismo, queda asimismo escindido.

Esta es la gran aportación de Roswitha Scholz a la crítica de la teoría del valor, que consigue ampliarla a través de la noción de «escisión», para prestar atención al resto de mecanismos de dominación presentes en la lógica capitalista. Así pues: «Valor y escisión se encuentran en una relación dialéctica entre ambos. No puede derivarse uno de otro, sino que ambos momentos se presuponen mutuamente» (Scholz 2020, 131).

Y con esta tesis llegamos a la propia escisión en el seno del antiguo Grupo Krisis. Scholz, como veremos a continuación, sitúa la raíz de la escisión en el patriarcado como una de las manifestaciones principales de la lógica de la dominación. Pero con esta idea no está proponiendo únicamente una crítica al androcentrismo que imperaba (e impera) en la sociedad. Ni siquiera se está posicionando unidimensionalmente en un plano teórico deconstructivista que se quede en la crítica de las clásicas dicotomías entre hombre-razón-cultura-actividad-producción y mujer-emoción-naturaleza-pasividad-cuidados. La crítica de la escisión del valor se sitúa en un meta-nivel, que

observa las formas de dominación perpetradas por la lógica del capitalismo y que «se constituyen como lo escindido del trabajo abstracto» (Catalina 2021, 633), como lo escindido del valor. Esta metateoría fue la que perturbó «la paz del clan de varones» (Scholz 2020, 213), que defendieron hasta la ruptura definitiva del Grupo Krisis que:

La crítica de la escisión del valor había de ser únicamente un aspecto de la crítica del valor, no su fundamento básico entendido de forma dialéctica, de modo que ni el valor ni la escisión pudieran ser considerados el origen o derivarse uno del otro, sino que la escisión había de estar categorialmente subordinada al valor. (Scholz 2020, 212)

La escisión no puede teorizarse como un ámbito subordinado al valor porque para que la lógica capitalista que lo sustenta funcione, según sus propios principios de autonomización del valor en base al incremento del trabajo abstracto y el valor de cambio, necesita de las actividades que sustentan el mismo trabajo abstracto, pero que a su vez quedan escindidas del mismo, actividades tales como la reproducción o los cuidados. Como diría coloquialmente Katrine Marçal: «¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?». (2016, 193). Si aplicamos esta tesis a la materialidad del capitalismo, vemos que no se puede sustentar un sistema que incremente exponencialmente la fetichización de las mercancías si no hay trabajadores que produzcan esas mismas mercancías. Ahora bien, lo que posibilita la disponibilidad de esos trabajadores es la cobertura de las necesidades a través de las actividades reproductivas y de cuidados que, históricamente, han sido desempeñadas por las mujeres, por lo que

la escisión del valor remite a que las actividades reproductivas identificadas sustancialmente como femeninas, así como los sentimientos, los atributos y actitudes asociadas con ellas (emocionalidad, sensualidad, cuidado, etc.), están escindidos precisamente del valor/trabajo abstracto. (Scholz 2020, 131)

Por ello defiende Scholz que la escisión del valor no puede estar subordinada al valor mismo, porque la escisión es condición indispensable para la existencia del propio valor: solo podemos atribuir valor a ciertas cosas porque a otras se les niega.

Y, con ello, señala otras formas de dominación, como el patriarcado [...] que, aunque no se derivan directamente de las categorías del movimiento autotético del valor, fundan su posibilidad misma. La crítica de la escisión del valor

trata así de pensar la (no)lógica que engloba tanto la racionalidad del capital³ como «el reverso oscuro del valor mismo». (Catalina 2021, 637)

Ahora bien, aunque los textos de Scholz permitan abrir un hueco a la crítica al patriarcado –mostrando que ni siquiera las filas del marxismo clásico habían prestado atención a esta forma de dominación–, la teoría de la escisión del valor presenta un par de problemáticas a las que debemos atender en este punto.

En primer lugar, no es baladí que Catalina hable de la (no)lógica que articula la crítica de la escisión del valor. Como buena conocedora de la obra de Adorno, Scholz es consciente de los problemas que presenta el regirse por un pensamiento que considere la realidad desde la lógica de la identidad⁴. En efecto, partir de esta implica siempre una renuncia al particular, que queda subsumido a la univocidad del pensamiento clasificador. Para tomar en cuenta la materialidad de lo no-idéntico se ha de reparar en la fractura intrínseca al todo, que la lógica de la identidad ignora por incapaz de contemplar las singularidades y diferencias de los particulares, si no es subsumiéndolos y moldeándolos bajo la forma del universal. Y si bien la teoría de la escisión del valor nos permite justamente quebrar la consideración del valor como ser idéntico a sí mismo –porque introduce la escisión como fractura de la propia identidad del valor en tanto que esta se presenta en relación dialéctica con el valor como principio estructural de la totalidad social en el capitalismo–, como expone Catalina, el recurrir al carácter de lo no-idéntico no basta para establecer claramente el estatuto que tendría lo escindido (2021, 638).

Scholz intenta salir de esta problemática escribiendo que «la escisión no coincide completamente con lo no-idéntico en Adorno; representa más bien el reverso oscuro del valor mismo» (2020, 139). Sin embargo, hablar de un reverso del valor podría llevarnos, no a rechazar la identidad desde el plano adorniano de lo no-idéntico, sino a contemplar la escisión como «lo otro» del valor que, aunque seguiría en relación dialéctica con él, no nos permitiría romper la lógica de la identidad ni los mecanismos de dominación. Parece, entonces, que deberíamos replantearnos: «¿qué estatuto tendría lo escindido?, ¿podría ser una condición histórica?» (Catalina 2021, 638). De hecho,

3. El hecho de que hablemos de «racionalidad del capital», tomando en cuenta, de nuevo, los binomios hombre-racionalidad/mujer-emocionalidad ya debería ser indicio de que la metateoría de Scholz no debería ser catalogada como otra deconstrucción anacrónica de la lógica patriarcal, puesto que esta ya se objetiva en el propio lenguaje.

4. «[H]ay que partir de la relación de escisión del valor en cuanto estructura básica de la sociedad, que se corresponde con el pensamiento androcéntrico-universalista de la lógica de la identidad» (Scholz 2020, 138).

la propia Scholz admite la falibilidad de su crítica: «la teoría de la escisión es consciente siempre de sus limitaciones como teoría» (2020, 139). Que esto sirva, no obstante, para poner más empeño en concretar la noción de escisión y poder enfrentarnos al incremento incesante del valor abstracto.

En segundo lugar, y siguiendo en la línea de profundizar en el terreno de la escisión para poder confrontar con más conciencia de causa los mecanismos de dominación, hemos de revisar un par de presupuestos de los que parte Scholz sobre «lo femenino».

Por una parte, Scholz presenta una fuerte crítica a los movimientos del feminismo académico con los que se cruzó desde los años 80 hasta la actualidad. Así, pone bajo tela de juicio corrientes como el feminismo de la diferencia o el nuevo «principio Eva», por simplificar tanto las representaciones de género (esencialistas) como la escisión del valor. En esta misma línea, critica también en varias ocasiones a la teoría *queer* por considerarla «una reelaboración de la contradicción adaptada al capitalismo y que no rebasa su inmanencia» (Scholz 2020, 143). Sin embargo, como bien señala de nuevo Catalina, «Scholz confunde el juicio a los postulados teóricos de la teoría *queer* con el juicio a las prácticas de los movimientos feministas transincluyentes» (2021, 642)⁵.

Por otra parte, si consideramos la categoría de «lo femenino» como lo inherentemente escindido, y esto en relación dialéctica con la noción de valor como base formal de la totalidad social en el capitalismo, nos estamos remitiendo a una interdependencia entre lo femenino como ese «reverso oscuro del valor mismo» y el propio capitalismo –pues, de nuevo, lo escindido es, dialécticamente, la condición de posibilidad del valor–. Esto implicaría, de alguna forma, que el mecanismo de opresión patriarcal solo puede surgir en interdependencia dialéctica de un sistema capitalista. Por supuesto, esto resulta históricamente falso, y Scholz es consciente de ello: «habría que dar cuenta de relaciones patriarcales “tejidas de otra manera”, que en el curso del desarrollo del mercado global se han solapado con las del patriarcado

5. Es importante que en este punto recordemos que uno de los objetivos de la teoría de la escisión del valor es, no solo denunciar el valor como categoría central en la lógica de dominación, sino destapar los distintos mecanismos de tal dominación presentes en el sistema capitalista. Reconocer el patriarcado –y, en otros lugares de sus textos, también el racismo o el antisemitismo– como mecanismo de dominación, pero dejar a su vez de lado la discriminación de las identidades trans resulta, cuanto menos, problemático, especialmente si tratamos de rechazar los esencialismos de género, ya que la propia Scholz escribe que los individuos empíricos «no pueden sustraerse a los patrones socio-culturales de la cultura ni tampoco se agotan en ellos. Por otra parte, las representaciones de género están sometidas al cambio histórico» (2020, 135).

cosificado moderno-occidental, sin haber perdido completamente su especificidad» (Scholz 2020, 140).

El problema es que la autora también es consciente de que, si no partimos de esa relación dialéctica entre valor y escisión como fundamento básico de la realidad social, la escisión quedaría, como defendían otros miembros del antiguo Grupo Krisis, como un aspecto supeditado a la crítica del valor. Y esto volvería a provocar que ignorásemos que el valor se está autonomizando en el sistema capitalista porque está escindido de todas aquellas actividades que suponen la condición de posibilidad y base material (reproducción, cuidados, etc.) para que persista el perpetuo movimiento del capital. Por ello, cuando plantea una revisitación de la opresión histórica del patriarcado, escribe pasajes como:

En sociedades premodernas o de la modernidad temprana el varón ocupaba más bien una posición de privilegio simbólica. A las mujeres aún no se las definía exclusivamente como amas de casa o madres, como sí ocurriría a partir del siglo XVIII. En las sociedades agrarias la contribución femenina a la reproducción material se consideraba tan importante como la del varón. (Scholz 2020, 14)

Ese «privilegio simbólico» también tenía un carácter de dominación material que no se puede ignorar, aunque sí debemos conceder a Scholz que acierta en que este no se cifraba desde las formas de dominación que parten de la escisión del valor propias del capitalismo⁶, por lo que, actualmente, «es preciso que se elabore una nueva formulación que dé un paso decisivo más y que ponga en el centro de la crítica tanto la categoría del trabajo como las formas de actividades separadas» (Scholz 2016, 423).

Al final, no podemos olvidar que partimos de un objetivo común básico como es la lucha contra la lógica de la dominación, y no cabría permitir que la escisión del valor que la atraviesa se vea reflejada en otra escisión entre el valor de las aportaciones marxistas (androcéntricas) sin atender a las reivindicaciones desde el feminismo⁷. Todo este planteamiento podría servir, no

6. Lo cual es constantemente asumido en sus textos, a través de sentencias como: «la escisión del valor no es una estructura rígida al estilo de las de algunos modelos estructurales en sociología, sino un proceso. De ahí que no pueda ser concebida de manera estática y como si fuera siempre igual» (Scholz 2020, 141).

7. Si se pudo tomar en consideración la conocida reflexión de Slavoj Žižek sobre las implicaciones ideológicas de la forma de los retretes en las tradiciones francesa, inglesa y alemana, podemos tomar en consideración las críticas a las manifestaciones de la dominación patriarcal –más perceptibles, cuanto menos–.

solo para difundir y traducir a más autoras como Roswitha Scholz, sino para tomar conciencia de que los mecanismos de opresión tienen su raíz en la lógica de la dominación como elemento estructural de la totalidad social, y que «el patriarcado está frente a nosotros no solo de manera externa y “mecanicista”, sino que nosotros mismos, hombres y mujeres, somos el patriarcado» (Scholz 2020, 80).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADORNO, Theodor W. *Dialéctica de la Ilustración*. Trad. Joaquín Chamorro. Madrid: Akal, 2007.
- CATALINA, Cristina. «Reseña de Roswitha Scholz, *Capital y patriarcado. La escisión del valor*». *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica* 13 (2021): 627-646.
- MARÇAL, Katrine. *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?* Trad. Elda García-Posada Gómez. Barcelona: Debate, 2016.
- NAVARRO, Clara. «Prólogo». En Roswitha Scholz, *Capital y patriarcado. La escisión del valor*, 5-28. Santiago de Chile y Logroño: Mímesis y Pepitas de Calabaza, 2020.
- ORTLIEB, Klaus Peter, y Robert KURZ. *La descomposición del capitalismo y de su esfera política (I)*. Madrid: Enclave de Libros, 2016.
- SCHOLZ, Roswitha. *Capital y patriarcado. La escisión del valor*. Trad. Pablo Faúndez Morán, Jordi Maiso, Clara Navarro Ruiz y José Antonio Zamora. Ed. Clara Navarro Ruiz. Santiago de Chile y Logroño: Mímesis y Pepitas de Calabaza, 2020.
- SCHOLZ, Roswitha. «Fuera holgazanas. Sobre la relación de género y trabajo en el feminismo (1999)». En Seminario Capital y Crisis 2015-2016, *La descomposición del capitalismo y de su esfera política (II)*, 399-426. Madrid: Enclave de Libros, 2016.